

F1405

1901

A 2

---

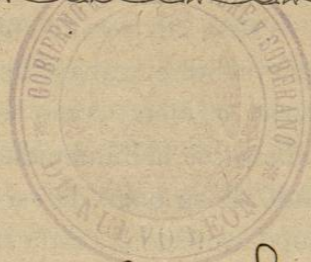
*Esta obra es propiedad de los Señores Don Vicente Morales y Don José M<sup>a</sup> Rosales, quienes han hecho ya el depósito de ley y nadie podrá reimprimirla ni reproducirla sin su consentimiento.*

---



---

F. LASO Y COMP., Impresores, Zuleta, 19. Impreso en papel de la fábrica "El Progreso Industrial"



*Para la Biblioteca*

## AL LECTOR:

**H**ABIAMOS preparado algún otro trabajo que llenara las primeras páginas de este libro. Una de las firmas de nuestros más reputados literatos iba á calzarlo; pero sin vacilar lo hemos retirado de este puesto, con el beneplácito de nuestro colaborador, para dar preferente lugar al correcto discurso del señor Licenciado Don Ignacio Mariscal, al inaugurar la 2<sup>a</sup> Conferencia Pan-americana; así como la significativa respuesta del señor Doctor Don Isaac Alzamora, Vicepresidente de la República del Perú.

## Discurso del Sr. Lic. Don Ignacio Mariscal,

Secretario de Relaciones Exteriores de México,

EN LA APERTURA DEL CONGRESO PAN-AMERICANO.

Señores Delegados:

Más de once años han transcurrido desde que se reunió en Washington, y por la vez primera, la Conferencia Internacional americana, destinada á promover la buena inteligencia y fraternal armonía entre todas las naciones de este hemisferio. De entonces á la fecha, tiempo ha habido de sobra para reflexionar acerca de los medios conducentes á tan grandioso fin; y los acontecimientos ocurridos en el mundo entero, los esfuerzos empleados en Europa con el noble objeto de alcanzar resultados semejantes, ora entre varias potencias del viejo continente y algunas Repúblicas del nuestro, ora entre todos los pueblos de lengua española, pueden servirnos de guía y de lección para avanzar en tan delicada empresa.

La aparente poquedad de lo obtenido, en comparación con las grandes aspiraciones previas á la formación de asambleas como la que hoy se

inaugura, no debe arredrarnos, ciertamente; porque, si bien se mira, no es tan poco y tan mezquino lo que se tiene alcanzado, ni hay razón para temer que este Congreso deje de adelantar sobre el trabajo de sus predecesores; trabajo que de ninguna suerte debemos considerar como perdido. Cada paso, aun cuando parezca sin importancia, dado por la humanidad en el verdadero rumbo del progreso, en el claro sentido de su bien, de ese bien que ningún pensador disputa y que todo filántropo ambiciona; cada paso que se avanza sin más que ese interés humanitario, es una conquista que jamás se pierde, es un jalón que firmemente se ha plantado para ir adelante en la carrera emprendida.

Como sucede en el orden físico, que la fuerza nunca se extingue, sino que solamente se transforma, y la cuestión se reduce á saber utilizarla, acontece en lo moral, que los progresos de la ciencia política y las emociones que produce el contacto de los pueblos, en circunstancias especiales, permanecen visibles ó en estado latente, pero siempre con vida y germinando, para fructificar algún día en beneficio de la nación donde una vez se produjeron. Toca entonces á los hombres de Estado sacar todo el provecho posible de esos adelantos é impresiones verdaderamente indestructibles.

Así, no hay duda en que los sentimientos de amistad y simpatía, cultivados de un modo tan espléndido por nuestra vecina del Norte, en los representantes de las tres Américas, y las utilísimas publicaciones de la oficina creada por la Conferencia en Washington, así como la concienzuda labor del Congreso de La Haya, promovido con impulso generoso por el Emperador de Rusia, y por último, el cambio de afectuosas emociones que distinguió á la simpática reunión en Madrid de los delegados de habla española; todos esos interesantes estudios, al parecer meramente teóricos; toda esa efusión, á primera vista de puro sentimentalismo, no han sido vanos esfuerzos para afianzar quimeras: tendrán más tarde un resultado práctico, y desde ahora han producido sazonados frutos que no se escapan á una observación cuidadosa.

Ni pueden menos de ser efectivos esos adelantos, trascendental esa marcada tendencia de la época, cuando vemos que provienen, no de un capricho dominante en tal ó cual pueblo, no de las opiniones de uno ó más filósofos, ni de un grito de angustia de los débiles temblando ante la fuerza, sino de la fuerza misma atemperada por una noble sumisión al derecho. El movimiento ha partido en Europa del Czar de todas las Rusias, que representa una formidable potencia militar; y en esta mitad del Globo, tuvo desde antes origen en los Estados Unidos de América, la nación más populosa y de mayor poderío en nuestro Continente. Ese movimiento es, por lo mismo, de una seriedad incontestable, y debe de hallarse impulsado por una corriente de ideas, general é irresistible.

Seguro está, señores, que en vuestras próximas tareas, no dejaréis de aprovechar tan favorables elementos. Seguro también que os esforzaréis en evitar todo espíritu de división, ya sea nacido de cuestiones concretas, ó bien de tradiciones ó instintos incompatibles con el sentimiento pan-americano; el cual no admite distinciones geográficas, ni de raza ni de lengua, que pongan frente á frente unos contra otros, á los habitantes del mundo revelado por Colón.

La adhesión á la patria, nuestra absoluta identificación con ella, es sin duda virtud obligatoria, uno de nuestros más sagrados é ineludibles deberes; mas no por eso—bien lo sabéis—debería cegarnos hasta el punto de desconocer los derechos de los demás, aun de los que consideremos como extraños, si extraños pueden caer entre los que la naturaleza ha ligado por comunes intereses en la dilatada extensión de América.

La verdad es, señores, que al tratarse de materias de trascendencia tan vasta, convendría olvidar hasta cierto punto y sólo por un instante, á fin de ver la cuestión desde el encumbrado asiento de la justicia, que pertenecemos á esta ó la otra sección del continente en que vivimos, y ya no ser en aquel punto ni sud, ni centro, ni norte-americanos, sino americanos solamente, en la más amplia significación del vocablo.

En el conflicto de intereses nacionales, claro está que cada uno ha de preferir, como lo dictan la razón y el sentimiento, los que afectan á su patria individual; pero sin dar cabida á semejante preferencia antes de que un examen prolijo demuestre la incompatibilidad de los unos con los otros, y aun sacrificando á veces, hasta donde lo inspire la prudencia, lo más pequeño á lo más grande; sacrificio que, en determinados casos resulta, aún para agrupaciones numerosas, conveniente á la totalidad de interesados.

Perdonad, señores, si me tomo la licencia de apuntar reflexiones del todo innecesarias—desde luego lo reconozco,—dadas la ilustración que os distingue y la rectitud de vuestros elevados sentimientos.

Alvenirá desempeñar la alta misión que os han confiado vuestros respectivos gobiernos, bien habeis comprendido que esta reunión no va á ser de lucha, sino toda de conciliación, toda de un carácter amistoso y fraternal. Mi objeto, al repetirlo, no es, en verdad, hacer indicaciones que no habeis menester, sino única y exclusivamente mostraros cuál es la inteligencia que da á vuestra misión el Gobierno Mexicano, cuál es el espíritu que lo anima y que desea compartir con vosotros.

Desde que México aceptó la honra que se le hizo con elegir su capital para la segunda reunión de esta Conferencia, no vió en ella sino la amigable cita á los delegados de naciones hermanas, deseosas de tratar asuntos para todas agradables, para todas de indiscutible provecho, con la mira de llegar á soluciones tranquilas y aceptadas si no por unanimidad, á lo menos por grande mayoría de sus representantes.

La expectativa de esa simpática asamblea, cuyo resultado iba á ser, cuando no la adopción de medios prácticos para la paz y el progreso á que aspiramos todos, en último caso el aumento siempre apetecible de mutuas simpatías, y el desvanecimiento de prejuicios engendrados tal vez por la falta de una comunicación franca y cordial; esa expectativa, señores, en que hemos estado los mexicanos durante varios meses, terminada hoy con el halagüeño espectáculo de vuestra presencia, nos ha llenado en algunos días de placer, causándonos en otro, debo decirlo, cierta ansiedad, por el temor de que faltasen algunas de nuestras hermanas del Sur.

Felizmente ya se encuentran aquí representadas, y tan dignamente como pudiera desearse, estándolo asimismo todas las que hemos invitado. La falta voluntaria de cualesquiera de ellas hubiera sido para nosotros una contra-

riedad igualmente grande, ya se tratase de la más ó de la menos rica ó populosa, porque si todas descansan en la base de una perfecta igualdad, si van á ser iguales al votar ó discutir, iguales son también en nuestro afecto.

Sed, pues, bienvenidos, señores Delegados, y estad seguros de que vuestra visita á esta ciudad se cuenta, y se contará siempre, entre sus faustos acontecimientos; lo mismo ha de suceder con las que hagáis por rápidas que fueren, á otras poblaciones del país. Así lo sienten desde ahora, y os recibe con el más cordial saludo, no sólo este Gobierno, sino el pueblo entero de la República Mexicana.

### Contestación del Sr. Lic. Isaac Alzamora,

PRESIDENTE DE LA DELEGACION DEL PERU.

Señor Ministro:

He recibido el muy honroso encargo de expresar las ideas y los sentimientos de que se hallan animadas las Delegaciones aquí reunidas, en presencia del discurso que acabáis de pronunciar, y de todo lo que el Gobierno y pueblo mexicanos han hecho y continúan haciendo para el buen éxito de este Congreso y para la satisfacción de sus miembros y de los Gobiernos que representan.

Ciertamente que había transcurido ya tiempo sobrado para la reunión de una segunda Conferencia Pan-Americana, si no habían de quedar olvidadas y estériles las nobles iniciativas del Gobierno de los Estados Unidos, secundadas ahora por el Gobierno Mexicano, en forma que obliga profundamente á toda la América.

Por exíguos que hayan sido los frutos del Primer Congreso, tenéis razón en decir que no debemos arredrarnos. La reunión de un continente entero para deliberar con ánimo tranquilo, sobre sus más altos intereses comunes, no puede ser nunca infructuosa.

La alusión que hacéis á los Congresos de La Haya y Madrid, y sobre todo, á la persistente iniciativa de los más poderosos Estados para dar vida á estas Asambleas, es prueba indudable de que llegaremos á resultados verdaderamente prácticos para el bien de los pueblos del Continente.

Es realmente muy sugestivo, que las propuestas de paz y concordia internacionales, fundadas en el imperio del derecho, nazcan de naciones que tienen el imperio de la fuerza; y parece que no es dudoso el interés de las otras naciones, para corresponder á esa iniciativa.

Comprendemos que aquí no puede haber otras luchas, que las muy nobles que tienen por objeto establecer lo que es bueno, verdadero y justo para los intereses del Continente; y debéis estar seguro de que nadie osará profanar este gran templo de la solidaridad americana, con cuestiones que no!! intere-

sen á todos, ni con odios de que es deber desprenderse, antes de penetrar en él.

Recibid, señor Ministro, para el ilustrado Gobierno de que formáis parte, para vos mismo y para la Nación Mexicana, nuestros más vivos agradecimientos, y los de nuestros Gobiernos, por la bienvenida que nos acabáis de dar; por las que en diferentes y repetidas formas, hemos recibido, desde que pisamos el suelo de este noble y privilegiado país; por los esfuerzos de todo género que con éxito brillante, habeis hecho en servicio de nuestra Asamblea, y por lo que bondadosamente prometéis seguir haciendo.

Abrigamos, por nuestra parte, el ferviente deseo de que el éxito corone los esfuerzos de la Nación Mexicana, y de que los frutos del progreso y de la felicidad del Continente, caigan sobre el pueblo que nos honra con su generosa hospitalidad.

